

LEYENDAS

de la

Comarca de Gordón

Recopiladas en el Foro de la Comarca de Gordón

El Cuélebre de Gerino

Gerino significa ribera u orilla. Gerino es un bonito enclave montaños del alto Torio, el río del dios Thor, el que enarbolaba el martillo después de las tormentas y colocó un puente celestial de siete colores, que hoy llamamos arco iris.

Impresionante resulta la leyenda del cuélebre de Faedo, el culebro de fuertes silbidos que asustaba a los pastores y los ganados; tanto, que nadie se atrevía a acercarse a Las Lamargas y a Llano, dos pagos de la solana a donde solía ir a atrapar alguna res cuando salía de caza este cuélebre que moraba en el monte Faedo, monte de las hayas milenarias que es una mancha verdeante que se extiende desde el arroyuelo rumoroso hasta Las Campas y la Peña Tijera, con más de un Kilómetro cuadrado de superficie. Todo un año pasó sin poder acercar el rebaño a pastar las hierbas.

Pero he aquí que un pastor extremeño de los que venían con la Mesta trashumante, se asentó por el puerto de Sancenas y supo de la preocupación y el temor de las gentes de Gerino y se prestó a solucionar el espanto popular.

Y lo solucionó dando al cuélebre un cuenco de leche de merinas cada día. Lo llamaba cuando subía por el camino del monte Faedo o cuando bajaba por la collada y tocaba su dulzaina con sonos cadenciosos; el culebro esperaba junto al reguero.

Pero el pastor se ausentó para su Extremadura, en esa época de octubre cuando los rebaños trashumantes bajan para las dehesas y se alietargan las culebras. Luego tuvo que ir a servir al Rey y el tiempo trascurrió y llegaron los fríos y la primavera y las flores, la hierba y la maja, el otoño y la matanza, el invierno y los filandones.

Nuevamente al despertar la siguiente primavera el culebro volvió a sumir en el miedo a personas y ganado. Llegó junio y tornaron los esquilonos de las merinas a alegrar los puertos montaraces y los mastines con sus carlanças para perseguir a los lobos, y con ellos llegó también el pastor extremeño.

Las gentes acudieron a él contándole sus cuitas y el mozo prometió calmar al bicho.

Por el camino pedregoso subía el pastor tarareando canciones y tocando el caramillo y la dulzaina, silbando la melodía que deleitaba al monstruo. Pero se olvidó el cuenco de leche y el pobre pastor pagó con su vida el involuntario olvido.

El cuélebre duró poco tiempo; un nubarrón de verano descargó tal torrente de aguas que arrastró a la bestia, que bajaba dando grandes alaridos hasta morir estrellándose contra las rocas de La Cardosa por el ímpetu del reguero de Faedo.

Celorio el de Geras

Celorio vino al mundo antes de tiempo, y vino de culo: su madre lo nació en las tierras, en Geras, y su padre, comadrón por necesidad, hubo de arrancárselo del vientre a fuerza de manos, que las tenía como hierros. De aquello a Celorio le quedó un hablar pausado, la frente desacombradamente ancha, unos ojos afilados, cortantes, y cierta singular apariencia de ave zancuda; le quedó también el cuello rígido y un no poder tumbarse para dormir, cosa que hacía de pie en los lugares más insospechados.

Cuando pequeño, le daba por subir a Paradilla, un crestón que dominaba el valle y donde había un albergue para pastores, y gastaba allí las horas mirando el cielo de frente, que hacia arriba no era capaz, o buscando gujarros de colores en los saltos de las torrenteras, para luego cambiarlos por un rato de amistad entre los crios del pueblo.

Un día Celorio hizo cuentas, y contó una treintena de gujarros, los mejores de cuantos poseía: casi un millar. Buscó a Paco, de quien no recordaba un solo insulto, y le ofreció el regalo. El Paco, un chaval de superficie sosegada, desorbitó los ojos al recibir tesoro semejante, hipó de gozo y dio las gracias; no dijo nada más porque so se lo esperaba y porque era pobre y no tenía cosa ninguna con que corresponder. Celorio, por toda respuesta, le tajó entonces una de sus miradas y testó: De muerto, que me entierren arriba, en Paradilla, cara al cielo, que ahora nunca puedo verlo.

Treinta años después, mediada la Guerra Civil, al Paco lo reclutaron para vigilar en las montañas la presencia del enemigo. Una tarde, él y tres más fueron llamados a las afueras del pueblo por el capitán, un tipo ventrudo con trazas de asesino, para componer un pelotón de fusilamiento: iban a ejecutar a Celorio, a quien habían encontrado dormido en la tienda de mando, y como dormía de pie y tampoco supo explicarse, lo acusaron de espía.

Formado el pelotón, y a la orden de disparen, el Paco no tuvo coraje y apuntó alto; los otros tres, que también conocían a Celorio, decidieron, cada uno a su manera, matarlo sólo un poco, y el ajusticiado cayó al suelo con dos balazos en un hombro y otro en el vientre, pero cayó con tan mala fortuna que se partió el cuello con un morrillo, y quedó así, inmóvil y vivo, con el cuerpo paralizado, gimiendo de sorpresa.

El Capitán escupió una blasfemia hacia sus subordinados, extrajo la pistola y se aprestó a propinarle el tiro de gracia. Si dispara, lo revienta, oyó a su espalda, y se volvió para ver al Paco que le apuntaba con el fusil. ¿Me ha entendido, cabrón? -insistió el Paco con los ojos llenos de gujarros de colores-; si dispara, lo revienta. Imbécil, masculló el Capitán con una indiferencia suicida, y se giró hacia el cuerpo exánime en el mismo momento que un estruendo a bocajarro le destruía los tímpanos y el plomo le perforaba el corazón.

Los otros tres, aterrados, ni se movieron cuando el Paco se ahombró al moribundo y echó a andar hacia la montaña, hacia Paradilla. Lo dejaron ir sin mediar palabra ni gesto; esperaron allí las cinco horas que le llevó subirlo a lo más alto del picacho, para tenderlo

cara arriba, y las dos que veló su agonía mientras le escuchaba murmurar poniendo nombre a tantas estrellas que nunca había visto; esperaron a que lo enterrara y esperaron aún más su regreso.

Cuando se presentó, ya de amanecida, habían acordado un informe donde el Capitán muerto lo fue por una bala rebotada. Cuando el Paco les interrogó acerca del porqué de arriesgarse por su causa, uno de ellos, uno de su mismo pueblo respondió con otra pregunta: ¿Por qué lo hiciste tú?. Al Paco se le vinieron otra vez los gujarros a la mirada; contestó: Por un amigo. Pues por lo mismo nosotros, dijo su paisano, y la cuestión quedó zanjada.

La Virgen de los Pantalones

Este hecho, que algunos consideran leyenda, se refiere al hecho fundacional del santuario de la Virgen del Buen Suceso. Virgen, santuario y romería han ido tejiendo, a lo largo del tiempo, multitud de historias, leyendas, acontecimientos y curiosidades cuyo hilo conductor sería bueno e interesante rescatar. Este que cuento ahora es poco conocido.

El escrito que lo dibuja brevemente sitúa el hecho en los últimos años del siglo XIX. Y habla de un tal Jerónimo Díez, al parecer residente —no especifica si natural— en un pueblo de la comarca, que tampoco menciona.

Aunque estoy en condiciones de afirmar de cuál se trata, la falta de seguridad absoluta recomienda el silencio. Lo que sí es cierto es que Jerónimo visitaba con frecuencia nuestro santuario, según el testimonio unánime de amigos y conocidos. Y que lo hacía con aparente devoción y recogimiento.

Un buen día, sin embargo, ocurrió que, según él mismo confesó en sus últimos momentos, ofuscado por no sabe qué malsanas aspiraciones, decidió llegar hasta el lugar donde devotos y romeros depositaban, desde el exterior y por un ventanuco de piedra, sus limosnas. Como desde el exterior él no podría articular los movimientos y debería realizarlos, además, a la vista de posibles transeúntes, decidió saltar la verja para llegar al depósito o cepillo con mayor facilidad.

Y así lo hizo, por el centro de la verja, por donde menos dificultades había. Y consiguió su objetivo inicial. Al volver a saltarla, ya en el último intento, uno de los hierros laterales y verticales que finalizan en puntas de lanza protectoras, rasgó, inexplicablemente, pantalón y carne de Jerónimo Díez, que quedó atrapado. Los movimientos hacia el exterior se hicieron imposibles. Sólo notó movilidad cuando intentó retornar hacia el interior.

Llegó a casa absolutamente desconcertado por lo ocurrido. Lo primero que hizo fue cambiar de pantalón. Pero el nuevo dibujo, increíblemente, los mismos pliegues que el usado en el robo –o el intento– de la ermita.

Cualquier pantalón que pretendiese poner aparecía inmediatamente con el roto en la parte lateral derecha y trasera, roto que comprobó desaparecer cuando se acercó a la ermita.

Entendió la señal y la culpa. Y permaneció –murió apenas dos años después de lo narrado– hasta el fin de sus días, vinculado a los edificios anejos al propio santuario, concebidos esencialmente con una finalidad social.

De carácter jovial, aunque un poco reservado, habló, al parecer, poco del hecho. Sólo en los últimos momentos de su vida. Y poco. Si alguien se atrevía a preguntarle por la causa de su aparente extraña situación, se limitaba a sonreír y añadir sencillamente:

–¡Cosa de la Virgen de los Pantalones!

La Ermita del Buen Suceso

Gonzalo Villalobos llegó fatigado a casa, con la respiración entrecortada después de la carrera que se dio desde el río. No más de cuatrocientos metros, pero intensos, sobrecogido como estaba por lo que acababan de ver sus ojos.

El día había amanecido limpio. Eran las últimas fechas de mayo; el frío, sin embargo, se apoderaba de las mañanas hasta que el sol iba pudiendo, un poquito más cada día, con el aire que rozaba los últimos rincones de nieve de las montañas que lo circundan. No cede tenía el sol, aquella mañana, colándose entre los árboles, por calles, balcones y ventanas.

Aquella mujer no se había apenas dado cuenta, ocupada como andaba tras los platos del mediodía... Se sobresaltó al ver llegar a su hijo y buscó en su mirada la causa de aquella presencia inesperada y brusca. El jadeo le impedía al muchacho acabar las frases o precisar su pronunciación.

-¿Qué es lo que ocurre?,-preguntó la mujer subiendo el tono de voz, casi desgarrado, mientras lo cogía por los brazos, a la altura de los codos, y lo agitaba como si las palabras hubieran de caer de aquel movimiento.

-¡ Habla, Gonzalo, dí qué ha pasado!..

El sollozo y la súplica habían llegado a su garganta. -¡ Habla!..-repitió con más insistencia su madre, al borde del grito.

-Es que, es que...-hablaba Gonzalo entrecortando las palabras, haciendo un esfuerzo para romper la impaciencia-. Estábamos mi padre, y Álvaro Díaz, y Juan Mirones, y Martín de Llanos... unos cuantos, lanzando el sedal a la parte de allá del pozo de arriba, frente a las mimbreras que caen sobre el agua... Y entonces apareció entre las paleras un resplandor intenso -Gonzalo hizo una mueca como si tragase saliva en abundancia-... Y después una imagen, sonriente y hermosa... Era la Virgen, madre. ¡Era la Virgen! Y estaba allí, estaba allí!...

Apenas pronunciada esta última frase, el muchacho salió de casa corriendo en dirección al lugar al que se acababa de referir. Su madre no pudo retenerlo ni un momento más y se quedó con una larga lista de preguntas dentro.

Pero salió a la calle, olvidando cuanto traía entre manos. Y voceó el nombre de las vecinas más próximas, que se acercaron ante aquel tono de extraña urgencia. La vida era lenta, lenta siempre en Nocedo. Ahora quedaron conmovidos con el buen suceso que les acababan de contar.

No fue necesario mucho tiempo para que todos los vecinos estuviesen presentes en aquel punto del río. Y para que todos opinasen qué hacer con aquella imagen que, desaparecido el resplandor inicial, permanecía en la orilla.

La decisión fue prácticamente unánime. La colocaron con cuidado sobre el altar de la iglesia de la localidad. Y se aseguraron de que la puerta, habitualmente abierta, quedase perfectamente cerrada. Incluso hubo alguien que retrocedió unos pasos, iniciada la vuelta a casa, para garantizar su propia seguridad.

No hubo otro tema de conversación.

Algunos vecinos aseguraron al día siguiente no haber dormido bien.

A la hora convenida, apenas despuntado el día, estaban ya todos a la puerta de la iglesia. Entraron con la respiración entrecortada, sacudidos, sin duda, por la curiosidad y un cierto temor.

Aquel temor, inicialmente infundado, tomó cuerpo. Y se extendió, penetrante, como la niebla.

La imagen de la Virgen de las Aguas, como algunos la llamaron, no estaba. No estaba. No estaba allí.

Buscaron por los más insólitos rincones de la iglesia y sus alrededores.

Cuando llegaron a la conclusión, a la evidencia, de que había desaparecido, en los ojos de cada cual se veía con claridad, junto al asombro, la pregunta que carece de respuesta. Y el silencio. En algunos, el abatimiento próximo al miedo.

Un grupo reducido, entre quienes estaban los pescadores protagonistas del acontecimiento que había roto la rutina del pueblo, contemplaron la misma imagen sobre las aguas del río. Exactamente donde la habían visto el día anterior.

Y otra vez, reunidos los vecinos, sin una sola ausencia, tomaron la misma decisión: la imagen volvería a la iglesia.

Y se repitió la misma historia. Un día, otro... hasta seis. Al séptimo día, la imagen no estaba sobre las aguas del río.

Buscaron de nuevo. La localizaron cerca del lugar habitual. Apenas doscientos metros. Pero ahora al lado del camino por el que llegan los peregrinos jacobeos que deciden alcanzar San Salvador de Oviedo. El pueblo entendió el mensaje. Levantaron una pequeña ermita. En ella, desde entonces, veneran los peregrinos y habitantes de los alrededores la imagen aparecida un día sobre las aguas.

El santuario, cuyo edificio se comenzó a construir en 1766 —reformado y ampliado en 1834— contiene una hermosa talla, policromada y dieciochesca, de la Virgen, patrona de la comarca, de todos conocida con Virgen de Buen Suceso.

De la imagen primitiva nadie sabe dar razones.

El mito de las Janas

Las janas o xanas son una especie de ninfas pequeñas, de extraordinaria belleza con el cabello muy largo, que visten el traje típico del país y son cristianas.

Habitán las janas en las cuevas y en las fuentes y algunas están encantadas. Regalan ovillos de hilo a los pastores, pagan con alhajas a quienes les presta algún servicio y hacen ricas a las personas que las desencanten.

En Asturias se llaman xanas y el León janas. Las xanas poseen grandes tesoros; tienen gallinas y polluelos de oro, y de oro son también la rueca, el fuso de hilar, los peines y los bolos con los que juegan en la alfombra de los prados en la mañana de San Juan.

!Ay!, que una xana hechicera lavando está en fuente noble, lavando cadejos de oro vestida de mil primores.

No hay noticia de la existencia de Jan o Xan y sin embargo tienen hijos. Cuando nadie las ve sacan de la cuna a los niños de los campesinos y los llevan consigo, dejando a los janines en lugar de aquellos para que la campesina les dé de mamar y cuando lo estimas oportuno devuelven el niño y tomas el suyo.

En España el mito es astur. La xana se confunde con las hadas de Sicilia, Irlanda, Bretaña, Francia y Escocia. En el Algarbe portugués existe una voz que corresponde a la xana asturiana: ja o jans, aplicada a ciertas hadas hiladoras nocturnas. La forma latina de jana era Diana y basta comparar los nombres del mes dedicado a Janus, en latín janarius, en asturiano xineru, en catalán janer y en portugués janeiro.

La mitología sobre Diana cazadora, cun Diana equitare, corresponde a tradiciones de Asturias en que se cuenta haber apresado a una xana armándole lazos sobre un caballo y dejándolo abandonado de noche para que ella lo cabalgase.

El mito de la xana se extiende en Asturias desde su límite con Cantabria hasta una línea que se traza desde la orilla del mar en Cudillero hasta un punto límite de Asturias con León, pasando por Belmonte y Somiedo.

Más al occidente no hay este mito, por lo que debió entrar en Asturias por el oriente. Al occidente viven las encantadas pero sin leyendas, sin embargo las del oriente abundan en leyendas muy poéticas y llenas de alto valor simbólico.

En León tenemos las janas en muchos lugares, las hay entre Carbajal de la Legua y Cabanillas, en el camino de peregrinos, en el tesoro del castillo y aquellas tierras que llaman de las janas; las hay en Panderrabe de Portilla de la Reina, en la fuente de la Vallina de Geste y en San Martín de Valdetuejar convertidas y representadas en sirenas.

En Asturias sí que son numerosas las leyendas de xanas. El cronista D. Constantino Cabal reduce a dos clases de leyendas las referentes a las xanas: Las que giran en torno a los bollos y las que se desenvuelven sobre hilos de seda o lino.

Las xanas de los bollos. Tres hermosas xanas se presentan a un labriego Asturiano y le entregan tres bollos de pan amasados muy prietos y que muestran unos cuernos en la corteza. Le recomiendan que los tire al amanecer el día de San Juan en la fuente de hayedo del pueblo.

El labriego lleva a su casa los bollos y recomienda a su mujer no tocarlos ni preguntarle nada sobre ello, porque se los había entregado el grupo de xanas, que le harían rico si cumplía el encargo.

Pero la mujer, vencida por la curiosidad, cuando su marido se hallaba fuera de casa rompió un cuerno de un bollo, que comenzó a echar sangre. Asustada, volvió a pegarlo a la masa y nada advirtió a su esposo de haber contravenido la recomendación.

El marido echó los bollos a la fuente, según le habían pedido las xanas y al momento salieron trotando tres caballos y las xanas los cabalgaban. Pero uno de los caballos comenzó a cojear ostensiblemente hasta no poder moverse y la xana que lo montaba prorrumpió en lamentos: ! Ay de mí, que he de volver a la cueva y quedar encantada para siempre !.

Las otras ranas se alejaron y el labriego no recibió premio alguno por incumplir en toda su vida el encargo que le habían pedido las ranas.

El hilo de la rana. Hay ranas encantadas en una cueva, de la que sale un reguero de agua cristalina que forma una hermosa fontana. El día de San Juan aparece en el arroyuelo un hilo de seda o de lino y el pastor que lo ve tira del hilo, pero son tantos metros a devanar que, perdida la paciencia, corta el hilo.

En aquel momento se oye la voz de la rana que se lamenta de que por poco más que hubiera devanado ella hubiera aparecido desencantada a la boca de la cueva y le hubiera hecho rico.

El Dragón de La Gotera

En la peña de San Lorenzo, en La Vid, hay una ermita desde la que se divisa todo el valle de Gordón. La subida discurre por una senda que atraviesa un bosquecillo de robles y un pequeño precipicio en la caliza donde se observan siete huellas en la piedra que dicen son de las herraduras de la acémila de San Lorenzo.

Cuenta la leyenda que existía un culebro o cuélebre en la garganta de La Gotera que plantaba su barriga en el río y exigía una oveja diaria para alimentarse. Si no se la daban, soltaba el agua remansada e inundaba las tierras .

El caso es que cuando le tocó el turno de alimentar al cuélebre a un vecino de La Vid, como no tenía ovejas se le exigía entregar a su hija. La muchacha, viéndose perdida, pidió ayuda a San Lorenzo, el cual vino en su ayuda con sus dos hermanos más pequeños, Vicente y Pelayo. Se dice que su salvador hizo una torta con tierra carbonosa de los alrededores, cobre de Cármenes y unto del que se utilizaba para engrasar los carros y se la dió al cuélebre que se indigestó, momento que aprovechó San Lorenzo para atacarlo y darle muerte con su lanza, lo que consiguió, no sin antes revolverse el cuélebre entre bramidos y acometidas que terminaron con la vida de sus hermanos. San Lorenzo utilizó las descomunales costillas del dragón para construir el armazón de una ermita, que es por lo que se cuenta que antes tenía arcos como los de los monasterios.

Se cuenta también que San Lorenzo, antes de volver a sus luchas en Tánger, encontró una acémila que venía cargada con un arca de alabastro en el que estaban los cuerpos de sus hermanos muertos en la lucha contra el cuélebre. La acémila subió a la peña y allí marcó las huellas.

Es cosa conocida que cerca de la ermita había una fuente que llamaban de las virtudes a donde iban las mozas a beber agua con la petaca del cura para asegurarse el novio y el casamiento durante el año, siempre que bebieran con fé.

Ahora, según parece, la fuente de las virtudes ya no existe porque se han tomado sus aguas para hacer la traída hasta La Vid.

En este pueblo de Gordón se conserva una torre de los siglos X la primera parte y probablemente del XV la segunda, con arcos carpanel en los asientos de las saeteras que la rematan . Seguramente fue una torre de defensa del paso de La Gotera en la primera etapa del reino de León.

La viga atravesada

Dicen los de las aldeas vecinas –por envidia de la producción lechera que había en el pueblo–, que esto ocurrió cuando construyeron la Iglesia los de Folledo bajo la dirección de un aparejador muy viejo que venía de vez en cuando desde la Capital. Aquél, por el peso de los años, dejó de venir cuando solamente quedaba por colocar una viga que los obreros habían obtenido talando un álamo de los muchos que había a la vera del arroyo. La viga tenía como propósito servir de apoyo horizontal a un entarimado adosado a la pared, cuyo frente miraba al altar. Llevaron la viga hasta la puerta y como en este pueblo nadie quería ser segundo en nada, para evitar discusiones y protestas el Presidente del Concejo dispuso que a la Iglesia todos tenían que entrar todos al mismo tiempo. Levantaron la viga: ¡Hala, venga, vamos!... ¡a la una, a las dos, a las tres! . Quisieron entrar, pero no había manera. Así que otra vez tuvo que intervenir el Presidente para disponer que trajeran desde el local donde se elaboraba, toda la manteca necesaria para doblar la viga frotándola en la parte media.

Con las idas y venidas había anochecido, así que se decidió continuar la tarea al día siguiente bien temprano.

Empezaron a acarrear canastas con manteca que se colocaban en formación al costado de la viga para que los operarios comenzaran el sobado correspondiente arriba, abajo y a los costados. A media mañana se hizo la primer prueba para ver si la viga doblaba ya algo, y nada. Llegó el medio día y con él la hora de comer.

Era el momento en que cada uno de los hogares enviaba a un guaje con una marmitta humeante y aromática. Así que mientras los padres, sentados en el suelo a la sombra del nogal en el Sagrao, se tomaban el descanso que imponía la situación, los chiquillos que tenían otros intereses se pusieron a curiosear alrededor de la viga. En estas estaban, con la intención de hacer un columpio de los que ya conocían y habían armado muchas veces para lo que colocaron debajo de la viga, en el punto medio, un pedazo de tronco y la giraron para que, en el sube y baja, no tropezara con ningún estorbo. En ese giro la viga quedó con la punta enfilando la puerta. Los chiquillos, continuando el juego, se repartieron en la balanza y ésta comenzó el movimiento que busca el equilibrio. Hubo unos que se cansaron del juego para cambiar a otro, se bajaron imprevisiblemente, se perdió el equilibrio y la viga, de forma natural, se inclinó hacia la puerta desplazándose sobre el rodillo que constituía el tronco colocado debajo. Cuando los padres, después de descansar un rato largo y planificar las acciones futuras, volvieron, se encontraron con que la viga estaba dentro de la Iglesia y lo atribuyeron – sin dudar un ápice y sin pestañear a un milagro.

El pleito del zapato

Hace muchos siglos una peste llegó al pueblo de Folledo y terminó con todos los habitantes menos uno. Se salvó una mujer, una niña, que había aprendido de sus padres todo lo necesario para sobrevivir. La noticia se extendió a las otras aldeas de la comarca y unos por curiosidad, otros para ofrecer ayuda se acercaron para ver qué había ocurrido. Un mozo recibió más atención de la joven que los demás y repitió la presencia en el lugar en cuantas ocasiones se lo permitían las tareas en su propia aldea. La relación amistosa inicial se prolongó en el tiempo, culminó en la unión en matrimonio y en la suma de fuerzas para afrontar y allanar las dificultades de la vida. Así fue como esta familia dió principio a la repoblación de Folledo.

Los pueblos eran como pequeños territorios independientes entre sí, con dos tipos de propiedad, la que pertenecía en exclusividad a cada vecino y el *ejido* que era la propiedad común de tierras, montes y bosques de todos los habitantes del pueblo, destinada al pastoreo de animales. Los límites entre un pueblo y otro generalmente estaban dados en forma natural por las cumbres de las montañas o por arroyos. Había un arroyo y sobre él un puentecillo de piedra que separa a Folledo de Buiza. Los animales de Buiza cuando se les terminaba la yerba en su sector no tenían gran dificultad para cruzar el arroyo mojándose un poco las patas. Al principio los pastores lo impedían hasta que se dieron cuenta de que del otro lado había mucho pasto que estaba desaprovechado y

nadie que estuviera mirando. Así que lo que tímidamente al principio se llevaba en la conciencia como pecadillo, con el paso de los años, se transformó en una costumbre y después en derecho adquirido.

Al mismo tiempo la población de Folledo aumentaba e iba sintiendo la necesidad de recuperar la memoria de los límites con Buiza. Cada pueblo elegía su propio gobierno con el voto de los vecinos: un concejo y un presidente del concejo, quienes decidían que obras había que hacer para beneficio de la comunidad. La reunión de vecinos se hacía con un llamado de campanas en la torre de la Iglesia. Si bien era casi siempre el mismo el que subía a los techos de la Iglesia, para que cualquiera pudiera prestar el servicio en caso de necesidad, a los chavales se los adiestraba en el tañido practicando cuatro o más toques diferentes según se tratara de llamar a la misa, a la reunión del concejo, tocar a boda, a bautizo, a muerto, o de dar la alarma para algo que requería una defensa común, como por ejemplo apagar un incendio. El toque de alarma era particularmente llamativo, por la agitación casi desenfrenada a que era sometido el badajo. La musicalidad de las campanas era suficiente para transmitir los sentimientos relacionados con el acto que anunciaban: alegría, tristeza, meditación, actividad, reposo, entre otros.

El Concejo de Folledo encomendó a su Presidente que gestionara ante Buiza el respeto de los límites antiguos. Había una relación de fuerzas muy desfavorable para Folledo. No solamente eran superados en número de habitantes sino que tenían bloqueada la salida directa hacia la capital ya que necesariamente debían cruzar el arroyo para ir a ella. Y lo que se da en las relaciones internacionales y entre simples individuos se da también entre aldeas, cuando no hay nadie cercano que imparta justicia, la ley es la del más fuerte.

Con las manos vacías el Presidente del Concejo se volvió al pueblo y comunicó a los vecinos el resultado que había tenido la misión diplomática. Él mismo, como el jefe que va con la espada en alto a la cabeza de su ejército en la batalla, se ofreció para viajar caminando hasta Madrid y llevar el caso ante el Rey.

Don Vicente, que por su bien ganada hidalguía, sobradamente merece el don , acomodó prolijamente en el zurrón pan, queso, jamón, chorizos, cecina. Eran los alimentos que tenía que hacer durar un mes, lo calculado para el viaje de ida. Además, cuidando que no se mancharan, envolvió en un pedazo de lienzo los documentos que acreditaban la representación del pueblo.

Con la mano izquierda sosteniendo la cacha, acomodó la gorra en la cabeza, llenó la bota con vino, tomó una manta, el zurrón y todo se lo cargó a la espalda. El camino principal cruzaba por Buiza así que procuró evitarlo y dió un amplio rodeo escalando las cumbres del monte. Para una persona que siempre vivió en una aldea flanqueada por montañas, nada le resultaba difícil en la adaptación a este otro modo de vida que le requería el viaje. Aunque no estaba muy seguro de que las esperanzas que habían puesto en él se cumplieran, el intentarlo en sí mismo ya era un buen resultado y el aire de aquellas cumbres lo llenaba de vitalidad para desafiar cualquier peligro.

Después de las peripecias propias de un viaje largo, llegó don Vicente a Madrid. Averiguó donde vivía el Rey y por dónde tenía que seguir para llegar al palacio. En la entrada había guardias con lanzas que examinaban a quienes se acercaban por allí. Tuvo que explicar a qué iba a cada uno de los que se le interponían en el camino, hasta que le permitieron llegar a la presencia de lo que podía

ser un mayordomo o un secretario. Don Vicente nunca había visto un Rey por lo tanto no sabía cómo se diferenciaban de los demás nobles o funcionarios que poblaban la Corte, así que por las dudas los trataba a todos como si fueran reyes y explicaba una y otra vez su caso a quien tenía disposición de escucharlo. Por fin un escribiente apareció con los utensilios necesarios para tomar nota de todo y después de visto, oído, escrito y darse por finalizado el acto, lo despidieron hasta dentro de tres días en cuyo término estaría redactada la sentencia.

El procedimiento continuó el curso que se daba a ese tipo de peticiones y don Vicente obtuvo la decisión favorable a lo solicitado. En previsión de que los de Buiza se hubieran enterado del viaje y sospecharan de los motivos y que, entonces, en el camino de regreso pudieran interceptarlo, quitarle la vida —que no era lo más importante— por resistirse y los papeles, don Vicente buscó y encontró un taller de compostura de calzado para que le modificaran uno de los zapatos de manera de ocultar debajo de la plataforma el título de propiedad que le acababan de otorgar: era lo que había convenido con los del Concejo para que supieran dónde tenían que buscar si algo salía mal.

Afortunadamente, tras desandar el camino, pudo regresar sano y salvo, escalar de nuevo las montañas y burlar la vigilancia que los de Buiza habían montado en el límite con Folledo. Ya un pastor con muy buena vista lo había reconocido desde lejos y dado el aviso a la población que salió recibirlo en masa para que pudiera caminar los últimos metros rodeado por el cariño y el fervor de los convecinos que después lo nombrarían Alcalde Perpetuo.

Las xanas o janas en nuestras leyendas

Pensando detenidamente sobre nuestra molinera y nuestra odalisca, encuentro que ambas no dejan de ser dos xanas que han protagonizado dos episodios mágicos en nuestra particular Historia.

Las xanas son unos seres mitológicos plenamente enraizados en la cultura astur, de la que formamos parte los leoneses. Os recuerdo la película El filandón, en la que aparece una de estas bellas historias.

Pues bien, una xana es un ser de las aguas y de las fuentes, con forma de hermosa mujer, de tez blanca, largos cabellos y poseedora de una dulce y fascinadora mirada que es víctima de un encantamiento y dueña de maravillosos tesoros.

Una definición como ésta se puede encontrar en cualquier manual sobre mitología leonesa o astur; ahora bien, lo significativo y curioso son las coincidencias que podemos encontrar con nuestras mujeres apresadas por encantamientos en las cuevas de Gordón, tan bellas y seductoras.

La hora de las xanas suele ser la del alba, cuando la noche pierde su oscuridad de noche y se rasga en ténues y lechosos reflejos blanquecinos que todo lo envuelven en la magia de las formas todavía borrosas de los árboles y las montañas. Su noche, casualmente, la de San Juan, y hay que añadir la costumbre que guardan de lavar la ropa a la luz de la luna.

Entre sus entretenimientos se cuentan el de tejer madejas de oro, bailar y peinar sus largos cabellos con peines, también, de oro macizo. A su vez, suelen aparecer rodeadas de gallinas y polluelos de oro y se dedican a proteger a los enamorados, a castigar a los amantes infieles, a seducir con diversas artimañas a los jóvenes y a ofrecer sus tesoros solamente a quienes las prefieran a ellas antes que a las riquezas que poseen. También suelen conceder deseos.

Las xanas pueden ser desencantadas, lo que ha de producirse en una noche de San Juan y según alguna de las siguientes maneras: 1.- Llegar a ellas tirando del hilo de oro de su madeja. 2.- Coger la gallina de oro o alguno de sus polluelos. 3.- Mediante conjuros. 4.- Tocándoles con una prenda de lino que haya estado antes en la iglesia.

Si nos fijamos bien, nuestras protagonistas participan de casi todas las condiciones de las xanas. La odalisca encantada guarda un tesoro en oro y piedras preciosas que va soltando en la fuente, tal y como si fuera devanando una madeja; la molinera, guarda un tesoro de pollos de oro con su gallina. Naturalmente, ambas viven al lado de un río, estando íntimamente unida su existencia a la del agua limpia de la montaña. Para liberarlas hacen falta los conjuros del amor; conseguir alguno de sus tesoros o izarlas con un hilo de lino.

¿Qué más podemos pedir para caer rendidos ante nuestras hermosísimas xanas sabiendo que una de ellas, además, fue protagonista del nacimiento del formidable reino de León?

¡Ay, noche mágica de luna llena del solsticio de verano! ¡A ti nos debemos.

La Fuente de Faya o la del hilo de oro

La leyenda de Santa Lucía y su fuente nos lleva también al mundo de las xanas o janas, tan apegadas a sus mágicas fuentes y sus tesoros; pero ésta tiene algo especial que parece remitirnos a un xano o jano, lo cual resulta increíble y novedoso en el mundo de la mitología, de cuya existencia tenemos noticia precisamente en nuestra comarca de Gordón y la hace, además de interesante por lo hermoso del relato, importante por su significado documental. A partir de esta leyenda hay que replantearse el mundo mágico de estos personajes apegados al agua de los ríos y fuentes.

Se cuenta, aunque es una tradición que parece estar prácticamente perdida, que en Santa Lucía había una joven pastora que acudía a la fuente de Faya a colmar su sed en las horas más calurosas del verano, una vez recogido el ganado. Cada día, la joven escogía la frescura de la cueva que hay un poco más arriba para pasar la hora de la siesta. El lugar, armado por las paredes verticales de la estrecha hoz que lo recorre, ofrece un apacible refugio. Cuando el sol declinaba un poco, ella bajaba hasta la fuente que se abre en la grieta de la roca.

La pastora, acunada por el murmullo del agua de la fuente, soñaba los sueños propios de las adolescentes, sobre todo sueños de amor, mientras el agua manaba rumorosa a la luz después de haber recorrido quién sabe qué recónditas oquedades.

Un día ocurrió que entre las rocas de la fuente apareció el comienzo de un hilo de oro que refulgía entre las cristalinas y frías aguas. La sorpresa inicial de la pastora dió paso a su curiosidad y decidió coger un palo y bobinar el hilo de oro.

Se dice que estuvo un buen rato bobinando y bobinando poco a poco y con suavidad, a medida que el hilo iba saliendo de la fuente. Pero, según parece, tal vez cansada de no encontrar el final del hilo, decidió cortarlo. Hay quien dice que lo rompió para seguir bobinándolo en otro palo, ya que el primero estaba repleto. El caso es que, una vez cortado el hilo, todo lo que había bobinado se convirtió en un sencillo hilo de bramante y oyó una voz que llegaba envuelta en el rumor del agua desde el fondo de la grieta rocosa lamentándose por lo ocurrido, porque si la pastora hubiera tirado un poco más, el hilo de oro hubiera sido suyo. También, quienes todavía lo cuentan –y ahora lo contamos nosotros– dicen que la voz era masculina, bien modulada y dulce, y que era la voz de un príncipe moro que se había quedado encantado, tal y como les ocurrió a muchos otros por estas tierras, bien en forma de piedra, árbol, río, fuente o pájaro.

La pastora contó lo ocurrido y la gente pensó que el agua estaba envenenada, así que llevaron un cordero para que bebiese; el cordero bebió el agua, pero no se murió, tal y como esperaban los vecinos.

El tiempo fue pasando y muchos se olvidaron de lo ocurrido, pero las jóvenes o mozas de Santa Lucía no lo olvidaron y, movidas por la esperanza de encontrarse con el apuesto príncipe que allí moraba encantado, iban hasta la fuente de Faya a beber agua.

El tiempo siguió pasando y las mozas que acudían al lugar del manantial lo hacían porque deseaban encontrar el verdadero amor.

Pero, ¿si el hilo de oro volviera a aparecer? Tal vez el príncipe o xano que allí habita encuentre otra moza o joven digna de su amor que tenga la paciencia necesaria de bobinar todo el hilo y rescatarlo de su encantamiento. Esperemos que así sea.

El poblado fantasma

Todavía hoy se oye comentar lo que ocurrió hace mucho tiempo en las cercanías de Cabornera. Al parecer existió un pequeño poblado en la parte más baja del valle que cierra el Puerto de La Cruz, pasado el Espineo. El lugar es muy hermoso, manando cerca del camino una fuente con el agua tan limpia y fría que, en pleno verano, dicen que corta. Los parajes de estos puertos están poblados de bosques de hayas y en sus laderas y ribazos pueden recolectarse artemizas y fresas, además de las sabrosísimas patillas. Dicen que sorprende tropezarse con los restos de lo que fue un poblado en este lugar, sobre todo porque sobrecoje saber cómo murieron todos sus habitantes, arruinándose el lugar para siempre.

En voz baja, casi como si se evitara pronunciar un conjuro, se asegura que fue una serpiente venenosa la que, mezclándose con la harina del molino que servía al pueblo, acabó con sus vidas. Es sabido de antiguo la costumbre de las gentes de comer ciertas clases de serpientes, y podría haber ocurrido de ese modo. Pero hay quienes piensan en la llamada serpiente negra, la famosa escorzonera, y que de ahí proviene el error de pensar en una serpiente como causa de la desgracia.

Lo cierto es que los muros arruinados del poblado y las techumbres hundidas permanecen como testigos mudos del hecho.

La leyenda, que culpa a una serpiente, tal vez nos esté ocultando otra realidad más terrible, y es que en aquella época tan remota las gentes de los puertos que amasaban pan lo hacían moliendo centeno y aquella cosecha creció compartiendo espacio con el terrible cornezuelo, de lo que quizás no se percataron y convirtieron en harina junto con el centeno que habían de emplear en elaborar sus panes. Y la catástrofe se abatió sobre ellos segando con la guadaña del veneno del cornezuelo del centeno las vidas de aquellas infelices gentes. Los que los encontraron, tal vez pensaron en la maldición de la serpiente venenosa.

No sabemos cómo ocurrió; pero, mientras tanto, el caminante contempla con respeto las chozas hundidas, las cuadras arruinadas y las casas derruidas escuchando atento en el aire el silbar sigiloso de alguna serpiente o creyendo ver los centenos ondular suavemente con el aire guardando su veneno.

La odalisca encantada del castillo de Los Barrios

En la noche de San Juan, si coincide con luna llena, por la fuente que mana al pie de la roca del castillo de Los Barrios justo a la orilla del río, sale flotando una perla. Se cuenta que estas perlas forman parte del collar que vestía la odalisca que el padre de los primeros reyes leoneses, García I y Ordoño II, tenía guardada en el castillo con promesas de amores.

El caso es que el rey Alfonso III el Magno se había enamorado de esta bella mora, pero avisada la reina Jimena de estos desvarios, se confabuló con sus hijos García, Ordoño y Fruela encontrando la manera de hacerla morir despeñada por la cueva que se abre a los pies del muro del castillo, una sima que llega hasta la fuente que mana en el río.

El rey enfermó de melancolía y, perdido todo amor a la vida, perdió para siempre su buen humor yendo a terminar sus días en un castillo de Zamora mientras sus hijos se repartían el reino una vez que consiguieron destronarlo, ayudados por la celosa Jimena.

Se cuenta que la mora sigue allí, encantada, llorando las penas de amor incumplidas por el rey y, como aviso de que así es, entre las aguas de la fuente ofrece las cuentas de perlas de su collar de oro en esos días tan especiales y mágicos de las noches de luna llena de San Juan.

Por tanto, según la leyenda, podemos afirmar que el verdadero reino de León tuvo su origen en este castillo, pues a consecuencia de lo tristemente allí ocurrido, aparecieron los primeros reyes leoneses con la corte en León.

Dicen también, y no conviene olvidarlo, que la hermosa odalisca seguirá allí, en los Covachones de la Rebanquilla, esperando que la desencante con sus amores el mozo gordonés que la saque de la sima izándola con un hilo de lino. Y mientras tal no suceda, allá seguirá llorando su desconsuelo.

Hay que decir que hace muchos años el hueco de la sima estaba descubierto, lo que suponía un serio riesgo para animales y personas que pudieran acercarse al lugar. Sin embargo, parece ser que ahora la boca se ha taponado, por lo que no sé cómo se las apañará el mozo que se acerque con su hilo de lino a deshacer el encantamiento. Imagino, no obstante, que si el mozo es lo suficientemente guapo y está lo suficientemente enamorado, la odalisca le ayudará a descubrir el hueco de acceso a la sima por donde podrá izarla sin mayores complicaciones para ver realizado su sueño.

La molinera de la cueva de La Cardosa

En todo León se encuentran muy extendidos los mitos de Los Hornos del Griego que también se llaman Valdefornos en algunos lugares. Están relacionados con el oro y la extracción del mismo a base de calentar las arcillas auríferas en los hornos utilizando carbón vegetal, casi siempre de roble (Marías Díez Alonso). Según este autor, se tenía la creencia supersticiosa de que la madre Tierra daría el oro cuando se encontrara maduro, pero si tardaba mucho en madurar se le ayudaba usando los hornos. Para compensar a la madre Tierra se le echaban pollos o pavos a los hornos y así se trataba de evitar su enfado.

El mito de los Hornos del Griego nació así, tal y como se recoge en la cueva de La Cardosa de Los Barrios.

Dicen que dentro de la cueva hay un molino encantado en el que habita una molinera que, naturalmente, también está encantada por un pecado de amores. Dicen, también, que en las noches de invierno cuando los mozos van a cazar raposas se oye sin parar la tarabica del molín y suspirar de amores a la molinera que paga su pena de infidelidad. También se dice que hay un tesoro formado por un pavo de oro macizo con sus polluelos, en relación directa con los mitos de Los Hornos del Griego.

Molinera encantada o no, tesoro o no, ahí están la cueva y la leyenda. Tal vez ahora esté tapada la entrada por la maleza, pero en aquellos días de la infancia accedíamos a ella por una entrada estrecha que terminaba en una plataforma bastante amplia donde se podía oír el mágico molín de la cueva.

De todas formas, que nos cuenten los de Los Barrios, que ellos sí que lo saben mejor.

Peredilla de Gordón y las tejedoras

Es tradición el asentamiento de mozárabes por pueblos de la montaña leonesa, cuando en los siglos IX y X los cristianos de las tierras del sur tomaron sus enseres y sus hijos y se vinieron de Al-Andalus.

Varias familias llegaron a Peredilla y Llombera con ansias de libertad a repoblar estas aldeas pastoriles y labrantinas y entre ellos vinieron maestros pañeros y curtidores. Una moza zarca, bellísima mozárabe de ojos glaucos que tejía lienzos en su taller artesano de Peredilla dio motivo para una hermosa leyenda cuyo canto poético se repite por algún otro lugar de Gordón.

Cuéntase que cuando un rey leonés pernoctó en el castillo de Gordón, camino de las Asturias, que tuvo que ser Don Ramiro II en el año 950, uno de los nobles de su comitiva supo de la existencia de la guapa mozárabe en la cercana aldea de Peredilla y resolvió raptarla de noche y burlarla.

Al cabo de los meses la moza trajo al mundo dos niñas de ojos azules que aprendieron de su madre el oficio de tejedoras de paños.

El guapo noble de la corte real tenía sobre su alma el peso de su acción opresora sobre la moza y quiso remediar en parte sus consecuencias instalando a madre e hijas un taller de lienzos y estameña, con crecidas reservas dinerarias, cuya economía floreciente se cuidaron ellas muy bien de guardar camino de Llombera, y que ahí está y ha dado motivo para caldear la imaginación popular en estas estrofas:

Entre Tamba, Tambica y Tambicòn,

las tres colladas que son,

hay un tesoro que vale

más que la ciudad de León

con toda su guarnición.

El que lo ha de encontrar tiene que ser pasta de oveja, punta de reja y moza gaceta.

De ahí que la tradición sostenga que constara Peredilla con un afamado taller de lienzos donde trabajaban varias mujeres que llamaban las tejedoras. Se ubicaba este taller donde hoy se emplaza el chalet del profesor don José Luis Rodríguez Arias, que ha respetado el antiguo nombre de la vieja edificación y ha fabricado a forja el título de Las Tejedoras.

La bruja de La Tercia y la jana

En terrenos conjuntos de Pobladura y San Martín de la Tercia del Camino de Argüellos flotan también esos aires embrujados de encanto y belleza.

Al norte de Pobladura se destaca majestuoso un altozano calizo que llaman el Castillo. Desplazándose un kilómetro en dirección a la montaña de la izquierda se llega a una garganta caliza donde al lado del camino han situado un cerramiento peñascoso de un redil merinero.

En el arroyo de la garganta han practicado la toma de aguas para la aldea y han construido una caseta. Allí existía la fuente que llaman Ana María y que la legendaria denominaba la fuente de las brujas. Ya dice la estrofa:

Del Castillo al Castellón,

a las tierras del Hurón,

a la campa de la Pría,

a la fuente Ana María,
hay un tesoro envuelto
en la piel de un buey pinto
y en la capa de un señor
que vale más doblones de oro
que la ciudad de León.

En esta fuente, con un profundo pozo anejo, vivía encantada una jana montañesa condenada a no poder salir del pozo si no era izada con una torcida de lana.

Así la bruja del pueblo se llegó a la fuente y lanzó a la jana un ovillo de lana de doble torcida, que fue desdevanando hasta llegar al fondo para que se atara a él la jana y poder izarla.

Cuando la jana llegaba al brocal del pozo de la bruja le hizo la proposición de que se casara con su hijo, que era un mocetón zafio y despreciado por las mozas de Pobladura por su brutalidad y ser hijo de la bruja. La jana no quiso prometer su mano para el mozo y la

bruja, contrariada, cortó el hilo con unas tijeras de oro y la jana volvió a caer al pozo para siempre. Las tijeras de la bruja cayeron también al pozo. Y allí está la jana, bellísima, como son las mozas de esta tierra montañesa, que ya lo dice el cantar popular:

En Busdongo y en Camplongo,

en Vegalamosa y Arbas,

bailan las mozas guapas

con las madreñas calzadas.

Mientras tanto, esperando al mozo arcollano que se atreva valiente llegarse al pozo Ana María la noche de San Juan, allí continuará la hermosa jana para ser izada con la torcida de lana y requebrada de amores; a cambio, ella le entregará generosa su fresca belleza y las tijeras de oro de la bruja.

El rapto de la moza por la Inquisición

Geras es un lugar de leyendas; es por ello que, respecto a las ventiscas y celliscas de nieve, nos relataban que son más fuertes desde que el Nemesio del pasado siglo dejó de reponer una de las diez cruces que rodeaban la aldea y por aquel vago desprotegido entró el nubero devastador de los sembrados.

El frío del invierno acurrucaba a las gentes en el filandero del buen llevar y la buena convivencia, y aún te relatan con emoción cómo la bella moza del lugar fue sacada violentamente del filandero por la Inquisición, en una noche lunada, y las herraduras de los caballos de los raptos producían chispas sobre el camino empedrado de Focella, donde los romanos explotaron minas metálicas.

Nunca más se supo de la guapa moza, pero sí acudían los novios en uno de los tres domingos de los pregones, acompañados de la mocedad, al valle de Focella para celebrar y compartir la alegría con la quemada de orujo, el pan de centeno y la cecina de castón, dando vivas a los novios en evocación de la moza raptada por la Inquisición.

Llenda de Xuanín del Osu

Xepe Valle Carrera.

Y érase un matrimoniu de recién casaos que vivía ñu monte, cuidando'l fatu por ende p'arriba, pa la Fonte Piyyosa, xunto al Valdebuercu.

Un día, el mariu, que chamábase Xuan, hubo de baixare a La Baña, dexando sola a la muyere. Tenía de volver pa la cena, pero pasóu'l tiempu, chegóu la ñueite y el mariu ¡qué ñun chegaba! Hasta que yá mui tarde, cuando sólu andaban pol mundu la lluna p'arriba y los llobos p'abaixu, chamanun ña puorta; eilla corrióu a abrir asperando vere al sou Xuan pero ¡rediosla!, ñun yera'l mariu él que chamaba, siñon un osu grandísimu, l'osu que tenía atemorizadas a las xentes de tódolos puebrros y aldeas d'aqueste llugare. Eilla corrióu asustada a ascuendese d'aquella fiera del díañi pero l'osu corrióu más, tomóula coñas suas manonas y llevóusela cautiva a la sua cueva onde ficieula la sou muyere, icumu lu oyen!

Cuando yá emprecipiaba l'alboriada chegóu Xuan a la casa y al vere que eilla ñun taba dientru corrió esesperáu por esos montes de Dios chamándola a gritos que partían l'alma. Pero ñon la encontrou enxamás y esesperáu el ciutadicu murriéu de pena al poucu tiempu.

Dende ñestoncias la muyere, que yera xoven y fresca cumu una rosina, tuviéu de vivire coñel osu, enchorando abichornada ñueite y día cumu una madalena.

Pasou'l tiempu y un día ñacieu-ye un fiyu al que-ye puso'l ñome de Xuan, en memoria del sou padre. Yera un rapacín preciosu, pero con una fuercia... ¡ai, madre, qué fuerzota tenía la criatura! Y coña sua madre y l'osu que los tenía acautivaos, viviu Xuanín, medrando y faciéndose cada vez más grandón y más fuerzón.

Un día, que yera fiesta de La Baña y l'osu había salido a cazar, la muyere sintiu ganas de baixare al beille del puebru y ñin corra ñin perezosa dixiu-ye a Xuanín: ¡Ai, mieu rapá, se pudiéremos emburriare la llouxa y llibranos d'aqueste aveseu...! Ñestoncias Xuanín dixiu-ye que esu facíalu él coña deda pequerrina y idito y feito!

Pouco dempués la madre y el fiyu cheganun a La Baña y presentánunse ñu beille. ¡Ñaide podía creyere ñaquel milagru!

Cuando'l osu volviéu a la sua cueva y viéula vacía emprecipióu a ruxire; dicían que los sous ruxios sintiénunse en mueritas lleguas ña rodiada.

Esesperáu rompiéu la llouxa que facía de puorta y corriéu llueu hasta La Baña en busca de la muyere y el rapacicu, pero los homes del puebru yá taban apreparaos con grandes palos y picos y ferramientas y cuandu'l osu chegou y viéu aqueillo, asustóuse y afuyóu espanráu carambillándose. Ñaide volviéu a velu enxamás de los enxamases pola Poyosa, el Valdebuercu ñin por ñenguna parte.

Xuanín y la sua madre quedánun en La Baña. Eilla ñunca casóuse, la probina, pero vivió curiada y protexida por Xuanín del Osu , qu'asína yera cumu chamaban-ye las xentes. Y por dalgo debía sere, creo you, porque'l mozu escontra más años tenía, asemeyábase más a un osu y gustaba-ye más triscare por esos montes ñas ñueites de lluna grande; Hasta diciáse qu'a escondidiellasalcontrábase coñel osu qu'encautivou a la sua madre cuando yera recién casada, pero eso, si yía verdá ou ñon... ¡vaide tú a sabere!

El Lago Ausente

Desde las instalaciones de la Estación Invernal de San Isidro, en el norte de León, está perfectamente señalizado el acceso al Lago Ausente, al pie de la peña Requejines (2046 m), al que se puede llegar a pié o en bicicleta de montaña para disfrutar de la belleza de la zona. Se trata de un lago de origen glaciar, de unos doscientos cincuenta metros de diámetro, cuya panorámica ha sido reflejada por pintores, fotógrafos y amantes de la Naturaleza en general. Su eterno misterio ha dado lugar a leyendas lugareñas de gran ingenuidad, pero llenas de ese expresivo mensaje que se transmite desde la sencillez del pueblo llano.

Una de ellas es acerca de la historia de un poblado enclavado entre montañas en el que vivía una señora muy avara y egoísta. Los vecinos, hartos de soportar las manías de la anciana, se vieron obligados a abandonarlo dejándola allí sola a merced de la suerte de la montaña. Un día, una tormenta de nieve sorprendió a la anciana sin que le diese tiempo de huir, y quedando el pueblo sepultado en el fondo del valle. Dicen todavía las gentes de los alrededores que en las recias noches de invierno se pueden escuchar los llantos de la vieja que vivirá para siempre en las profundidades de las aguas del Lago Ausente.

La Doncella Guerrera

Versión de Buiza (Gordón-León, España). Recitada por Fructuosa Arias. Recogida por Josefina Sela, 00/08/1920 (Archivo: AMP; Colec.: Sela, J. (M. Goyri-R. Menéndez Pidal)). Publicada en TOL I 1991, pp. 296-297

C
2 cartas van y cartas vienen, cartas al emperador,
que todos viejos y mozos a servir al rey señor.
--Arreventes, mi mujer, por (las) telas del corazón,
4 de siete hijas que has tenido ientre ellas ningún varón!--
Y todas están sentaditas a las racillas del sol;
6 arresponde la más pequeña y calla la más mayor:
--Calle, padre, y calle, padre, no eche tan gran maldición,

8 que yo iré a servir al rey en hábitos de varón.
--Esos tus ojos tan lindos, hija, no son de varón.
10 --Yo los revolveré, padre, como si fuera traidor.
--Ese tu pecho tan crecido, hija, no es de varón.
12 --Y a me comprara usted, padre, un delgadillo jugón,
y yo lo a pretaría al par de mi corazón.
14 --Esas tus manos tan blancas, hija, no son de varón.
--Ya me comprará usted, padre, unos guantes de algodón.--
16 Siete leguas lleva andadas, cuando pa atrás se volvió.
--¿Cómo me he de llamar, padre, cómo me he de llamar yo?
18 --Oliveros, hija mía,
que en la guerra tenías un tío, que en la guerra tenías vos.--
20 Estando en estas razones cuando el hijo del rey reparó.
--Amores me matan, madre, amores me han de matar,
22 que los ojos de Oliveros son de mujer natural.
--Pos llevála vos, mi hijo, a las tiendas a mirar,
24 si Oliveros es mujer, a las cintas se ha tirar.--
Los otros van a las cintas, Oliveros al puñal:
26 --¡Oh, qué lindo puñal este pa la guerra navegar!

28 --Amores me matan, madre, amores me han de matar,
que los ojos de Oliveros son de mujer natural.
--Pos llevarla vos, mi hijo, a las frutas a mirar.--

30 Los otros van a la fruta
y Oliveros coge una y ésa en el bolso la trae pa los niños regalar.

32 --Amores me matan, madre, amores me han de matar,
que los ojos de Oliveros son de mujer natural.

34 --Pos llevála vos, mi hijo, a los ríos a nadar,
si Oliveros es mujer no se ha querer descalzar.--

36 Y a lleva un pie descalzo y otro a medio a descalzar,
(estando en estas razones)

ya le venían cartas de alegría y de pesar,
38 que su padre había muerto y su madre poco más.

--Págueme mi sueldo, mi rey, si me lo quiere pagar,
40 que siete años le ha servido una doncella real.

--Si lo sirves otros siete, doble lo he de pagar.--

42 Coge caballos que corren, coge mulas d aquitrán,
por unos campos arriba corre más que un gavilán;

44 y el hijo del rey tras de ella, por ver si la pue(de) alcanzar.

--Madre déme usted la rueca, por ver si la sé hilar,
que la espada del buen rey bien la sabía jugar.

--A esa no le dé rueca ni nada, que conmigo me la he (de) llevar.

La jana encantada de la Fuente de La Vallina

En Gete, el largo valle que sube desde el pueblo a la gran collada se desliza entre el verdor de los prados con chopos a su vera que parecen centinelas en el paisaje. A medio kilómetro del pueblo asciende un camino pedregoso entre la pradería hacia el Abesedo, donde en invierno no se atreve a entrar el sol y silba el viento batiendo las ramas de los abedules. El ulular del viento produce unos sonidos extraños y dicen las gentes que son los lamentos de las janas. Janas en los arroyos y en el bosque, en las fuentes que apagan la sed de pastores y segadores.

En verano cambia el panorama. Las praderías esmeralda ofrecen sus norios coloreados por los celegrines y negrean las moras y por encima de los abedules se puebla el monte bajo de arandaneras de dulce fruto.

Pues allí está la fuente de la Vallina, con agua tan transparente que se ve el fondo de gujarros con una limpieza extraordinaria. Tan fría es la fontana que no se resiste introducir las manos más allá de un minuto; a la misma temperatura que la fuente del puerto de Sancenas, a 76 grados centígrados.

En esta fuente cuenta la leyenda que vive una jana, que vaga por el lugar expiando un pecado de amores. Es muy rica en gargantillas de oro y pedrería de la fina, porque a la tía Periquita le llenó el mandilín de canicas y le dijo que no las mirara antes de llegar a Gete, que si contravenía su mandato se le convertirían en carbones.

Y así fue. La tía Periquita, como era tan curiosa, miró el mandilín cuando bajaba por las Vegas del Barrero y observó que eran carbones de roble y no creyó en la jana.

Pero cuando llegó a casa, en la cinta del mandilín encontró una onza de oro y entonces comprendió que aquella moneda no la había visto antes. Y claro que era verdad el encantamiento, que si no hubiera mirado el mandilín todas las canicas se habrían convertido en onzas de oro. Por eso tenía la tía Periquita aquella onza de oro de las peluconas de Carlos III.

Y cuando canta el chotacabra entre cada uno de los graznidos se oye tenuamente el lamento quejumbroso de la jana de la fuente de la Vallina.

La jana se deja ver solamente una vez al año y ocurre en la noche de San Juan, a las doce en punto. Dicen que es bellísima y que sus cabellos rubios brillan a la luz de la luna y que entregará sus amores al mozo montañés que la desencante dándole a beber agua de la fuente de la Vallina en el cuenco de la mano.

El río Gabriel, cuando en otras épocas era mozo de gran estampa, se fue a buscar la jana de la fuente de la Vallina en la noche de San Juan cuando los mozos del pueblo se entretenían en encender la hoguera y enramar las ventanas de las mozas casaderas. El río Gabriel había pasado el día segando hierba en las Espinillas y en el alto de Cantorios, y como estaba muy cansado se durmió y no pudo ver a la jana.

A la mañana siguiente halló el peine de cuerno de castrón que la jana se dejó olvidado junto a las aguas cristalinas de la fuente de la Vallina.

El oso de Arbás del Puerto

Las leyendas y tradiciones arrancan de la fundación de Arbás por el mismo Pelayo, quien en agradecimiento por haber vencido a los agarenos en el puerto de la Mesa, levantó una ermita a la Virgen María con el nombre de Tibi Gracias, apelativo que subsiste; incluso en las declaraciones del Catastro de la Ensenada de 14 de Julio de 1753, el Cabildo Capitular de la Colegiata tiene, entre otros, un prado en Tibi Gracia, cercado de sebe, de treinta heminas.

Dícese que el hospital de la primitiva Colegiata fue fundado en el siglo XI por el conde Don Fruela, hermano de Doña Jimena, la esposa del Cid. La legendaria cuenta que la fundación del hospital de Arbás se debió a dos infantes hijos de un rey extranjero enviados por su padre a vivir con los ermitaños en aquel solitario lugar en expiación de un crimen.

Arrepentidos, ayudaban a los caminantes. El rey extranjero quiso fundar el hospital, pero se adelantó Don Fruela.

Allí queda patente el testimonio de la leyenda de Arbás del Puerto. Al flanquear la puerta de acceso a la iglesia hay dos modillones en piedra representando un oso y un buey, el oso y el buey de la leyenda.

Los canónigos agustitanos acarreaban la piedra rosada de grano desde el Pico de los Tres Concejos por el camino de Pendilla a Arbás y por el camino de Nuestra Señora de Tonín a Arbás para construir el hospital.

Empleaban la carreta celta, cantora, de eje unido a las ruedas y untado con tocino y con salgueira para que el carro cante. Los carros cantores se oían por los valles como un encanto en el paisaje; ni el más sofisticado automóvil moderno lleva incorporada una música tan subyugadora como los carros centella.

Al yugo, uncidos, tiraban del carro centella la pareja de bueyes. El oso, el temible oso totémico de los peregrinos, mató a uno de los bueyes y el canónigo Pedro lo castigó a ser uncido con el otro buey para acarrear la piedra con que fue construido el hospital.

Así queda el testimonio legendario esculpido en la piedra imperecedera para solaz de los caminantes que entran en este templo a visitar a la Virgen de Arbás.

Este monumento a la fe es como el último suspiro del románico leonés, de época de Don Alfonso IX, tan bello como si estuviera hecho por mano de ángeles.

San Froilán en Valdorra

Esta leyenda del Oso de Arbás me recuerda la que se cuenta del obispo Froilán en sus años de eremita en Valdorra, donde construyó una pequeña ermita en lo más alto e intrincado del monte. El acceso a la mencionada ermita se hace por un sendero sinuoso al borde de precipicios impresionantes. El paisaje es sobrecogedor y de una hermosura sin igual. Está claro el buen gusto de Froilán, pues debió de pensar que de encontrarse con Dios, tendría que ser en un lugar como aquel de los montes de Valdorra. En fin, que Froilán, según cuentan, se valía de un mulo (no estoy muy seguro si era mulo, mula, yegua o jumento, pero se entiende) para acarrear las pesadas piedras por el intrincado sendero. Pero un día, el lobo —tal vez atacado por el hambre y con menos vocación por el ayuno que Froilán— atacó y mató al animal, quedándose la empresa del eremita comprometida para su finalización. Así que, lógicamente cabreado, el que luego sería santo se dirigió al lobo, le recriminó la acción que acabó con el servicio del buen mulo y su trabajo para la obra de santificación que se había propuesto llevar a efecto y le obligó a sustituir al mulo muerto y realizar su trabajo hasta concluir la construcción de la pequeña ermita donde se recogería para hacer penitencia y meditar.

No sé si terminaron siendo buenos amigos el lobo y el candidato a santo, pero imaginando la determinación y la manera de convencer de Froilán para imponerle semejante penitencia, me da a mí que al lobo no le haría ni pizca de gracia el negocio.

Me ha gustado recordar esta leyenda y aprovecho para recordar que Valdorra sigue allí, impresionante, en la ladera del monte que se abre a un valle espectacular. Un paseo por Valdorra para rememorar las andanzas de San Froilán y los trabajos del lobo, merece la pena.